

## Totus orbis

Martín Ortega Carcelén

El mensaje le alcanzó *in extremis*. Pedro Padilla Belmonte se disponía a zarpar en un largo periplo que le llevaría desde Nápoles a Amberes, donde debía unirse a la misión que el rey Felipe II había encargado al Duque de Alba. Sus profundos conocimientos de teología y leyes así como su experiencia en la administración del Virreinato de Nápoles habían sido requeridos por el Duque, quien necesitaba buenos consejeros para eliminar la herejía en Flandes, suprimir la rebelión y recolectar impuestos. Un mensaje llegado a uña de caballo desde Roma le anunció la visita de dos monjes que querían verle y que, viajando *ex profeso* desde el Monasterio de Yuste, no podían avanzar más rápido. Contrariado, Pedro Padilla decidió esperar al siguiente barco, que iba a partir una semana después, el día de la Asunción de 1568.

Los frailes se presentaron cansados, haciendo portar por unos criados un pequeño cofre que a primera vista le era vagamente familiar. Pidieron el mayor sigilo y explicaron el encargo que les traía. Su madre, Catalina Belmonte, había legado a Yuste extensas propiedades con una sola condición. Veinte años después de enterrada, los monjes debían hallar a su hijo y abrir el cofre. En una primera capa, sobre terciopelo rojo, apareció una carta manuscrita.

*Hijo de mi alma: Antes de su muerte acaecida en 1541 pedí a Juan de Valdés, a quien tu conociste, que escribiera los tres libros conservados en este arcón. Él será mi voz. Él puede explicar mejor que yo lo que debes saber. Estos frailes deben asegurarse de que, por la salvación de tu alma, juras abrir los libros en el orden indicado, tras lo que podrás llegar al fondo del cofre y encontrar un objeto precioso para ti. Tu amantísima madre.*

El juramento solemne permitió a los monjes dar su bendición y partir. Pedro Padilla siempre mantuvo con su madre una relación especial, mientras que su padre y él nunca cambiaron más que algunas palabras. De hecho, a sus 48 años, los únicos recuerdos de su niñez en Toledo eran los juegos con el ama y los golpes de su padre, que luego desapareció durante una larga expedición en las Indias de la que volvió más violento y enfermo.

La lectura iba a ser providencial, ya que la travesía le llevaba primero a Barcelona, de allí a Sevilla, hasta embarcar ya directo hacia Amberes. Largo tiempo para leer y pensar. ¿Por qué su madre habría encargado escribirle a Juan de Valdés, ese iluminado reformista, que predicaba una interpretación heterodoxa de la Biblia, como Lutero? El mismo Pedro Padilla había colaborado con la Inquisición italiana, bajo el pontificado de Pablo IV, a combatir las malas influencias de Valdés.

Ya en el mar, rumbo al noroeste, y rezando las oraciones necesarias en los tiempos precisos para pedir al Altísimo que les librara del pirata turco, Pedro tomó en sus manos el primer legajo encuadernado en piel de cabra y rompió el lacre del sello inconfundible de su madre.

*Para comprender quién eres debes conocer la historia de tus tíos Juan Padilla y María Pacheco. Tu padre, Fernando Padilla era el hijo mayor y por lo tanto heredero de tu abuelo Pedro y un gran guerrero. Tu tío Juan era un hombre débil pero buen caballero.*

*Cuando tu abuelo consiguió comprometer a tu tío Juan con María de Mendoza Pacheco, ella se sintió decepcionada. Ni la familia Padilla, ni Juan, un hombre sin carácter, le convenían. Pero la simpatía de Juan consiguió convencer a su suegro, primer marqués de Mondéjar y segundo conde de Tendilla, y la boda se celebró en Granada el 18 de enero de 1515. María, a quien una sirvienta morisca le había predicho que sería reina, decidió cambiar a Juan, y fue quien le empujó en el levantamiento de las ciudades contra el Emperador Carlos.*

*Fernando, tu padre, adoraba a Juan porque eran los únicos hermanos supervivientes de seis que habían nacido, además de un tarado que nunca llegaste a conocer, y siempre le aconsejó apartarse de la lucha de las comunidades. Pero Juan no le escuchó, y llevó las milicias toledanas en ayuda de Segovia, luego participó con los otros en las conversaciones con la reina Juana, fue a Valladolid, conquistó valientemente Torrelobatón en febrero de 1521, pero fue derrotado en Villalar, y decapitado con Bravo y Maldonado. No debes pensar que tu tío fue ni desleal ni cobarde. Tu tío luchaba por sus derechos, por los derechos de Toledo, Ávila, Salamanca, Segovia y tantas otras ciudades que habían dado su fortuna y su sangre para hacer triunfar la Cruz sobre el Islam, y que se veían relegadas por el joven Emperador.*

En Toledo, esta historia era un secreto. Pero Pedro Padilla había llegado a saber que, en 1526, cuando él tenía seis años, la casa de su tío Juan y su tía María fue destruida por Juan de Zumel, un comunero que luego comprendió lo equivocado de su trayectoria y se puso al servicio del Emperador. En la Universidad de Salamanca, donde Pedro había estudiado leyes, derecho canónico y teología, algunos compañeros hacían referencias insidiosas a esos antecedentes familiares, pero él las ignoraba. En realidad, él siempre desaprobó en su interior la conducta de su tío que ponía en cuestión el origen divino de la monarquía.

*En los últimos años frenéticos de su vida, Juan, con las idas y venidas a Toledo, encontraba la fuerza en su mujer María, pero también visitaba con frecuencia a Ana Toledano, una amiga de juventud, quien, en ese tiempo aciago llegó a ser su amante. Ana pertenecía a la familia Sassón, que en hebreo quiere decir alegría, relacionada desde antiguo con los Padilla. Algunos de los Sassón, que se dedicaban a la orfebrería y la joyería, decidieron partir a Marruecos. Y con ellos se fue un hermanastro pequeño de tu abuelo Pedro que aprendió el oficio y casó con una judía. Otros Sassón se convirtieron y tomaron el nombre de Toledano. Cuando Juan salió de campaña para no volver, Ana había quedado encinta de él. La noticia de la muerte de Juan casi mató de dolor a su mujer, María Pacheco, pero consiguió rehacerse y organizar la resistencia de la ciudad de Toledo frente a las tropas reales, hasta el punto de ser llamada leona de Castilla. Durante su lucha ardorosa supo que Ana Toledano había dado a su marido lo que ella no había podido darle: un hijo. Por lo que, desesperada y acorralada, urdió un plan. Se escaparía de noche, vestida de campesina, del cerco de las tropas del Emperador, pero antes robaría el hijo de Ana y Juan, un hijo que debía ser suyo. Y así lo hizo. Con la ayuda de familiares nobles que le dieron cobertura alcanzó Portugal. Fue condenada a muerte en rebeldía en 1524 pero Juan III de Portugal rechazó su extradición.*

*La familia Padilla quedó teñida de vergüenza por la conducta de Juan Padilla y María Pacheco. Si se salvó el mayorazgo y se alcanzó el perdón general dado por el Emperador Carlos fue gracias a la actitud noble y valiente de tu padre. Frente a la revuelta de los comuneros, tu padre comprendió que había que apoyar al Emperador, y deploró que su hermano del alma anduviera capitaneando a los insumisos. Tu padre luchó en esa guerra con otros nobles castellanos, y cuando vio la batalla de Villalar en abril de 1521 supo que era el fin. Pudo hablar con su hermano Juan prisionero y, aunque nadie sabe lo que se dijeron, seguro que fue una conversación de caballeros cristianos. Cuando llegó el momento de la ejecución, Fernando ya sabía que la mejor manera de limpiar su nombre era ofrecerse para decapitar a su hermano. Delante de las tropas del Emperador, a la mañana siguiente*

*de su última entrevista, Fernando Padilla ajustició a Juan de Padilla. Quiero, hijo mío, que perdones a tu padre por lo que hizo. Él lo hizo por tu bien y por el de todos nosotros.*

Al avistar la ciudad de Barcelona, los más extraños sentimientos embargaban a Pedro. Nunca había querido realmente a su padre, pero siempre había mantenido sus obligaciones filiales. Era evidente que la causa del Emperador era justa, luego su padre había elegido el camino correcto, pero no sabía si era necesario llegar a ajusticiar a un hermano por esa causa. Intentó buscar en los precedentes de jurisprudencia canónica y civil, en las cuestiones de doctrina moral que poblaban su cabeza pero no halló una respuesta. Llegados a Barcelona, se apresuró a Santa María del Mar y buscó un confesionario. Frente a su pretensión de querer expiar los pecados de su padre, el confesor y él comenzaron una larga conversación a media voz sobre moral cristiana.

En Barcelona recibió noticias de su amigo y compañero de juegos Elías Alhama. Unos meses antes Pedro le había escrito a su casa cerca de Granada para comunicarle su intención de trasladarse a Flandes, y Elías había decidido alcanzarlo en el momento en que el velero hiciera escala en Sevilla. La madre de Pedro, Catalina Belmonte había querido desde siempre pasar largas temporadas del verano con su padre viudo en su propiedad de Sierra Nevada, que se encontraban cerca de las de María Pacheco y su familia, los Mendoza, y fue allí donde Pedro había conocido a Elías, de padres moros conversos aunque muy respetables, cuando era niño.

Cuando el barco comenzó su travesía desde Barcelona hacia el sur sobre aguas cada vez más claras, Pedro abrió el sello del segundo manuscrito con aprensión. ¿Por qué su madre había querido ponerlo al corriente de acontecimientos tan lúgubres y ya lejanos?

*La desaparición de Juan trastornó a tu padre. En la calle la gente le saludaba con admiración por sus hechos de guerra y él correspondía, pero en casa se encerraba y por las noches daba gritos horrorosos y puñetazos en las paredes. Fue entonces cuando empezamos a recibir las visitas de los hermanos Alfonso y Juan de Valdés. Tu tío Juan, que había nacido el mismo año de 1490 que estos dos mellizos de Cuenca, los apreciaba mucho desde que estudiaron juntos en la Universidad de Alcalá. Tras conocer las peripecias y la muerte de tu tío, quisieron venir a consolarnos. Eran diferentes: Alfonso, un hombre de mundo, y Juan de Valdés, un espíritu puro. Tú los recordarás porque siguieron viniendo y jugaban contigo hasta que Juan tuvo que instalarse en Italia, por las críticas injustas que recibió su Diálogo de la doctrina cristiana.*

*Pero tu padre no se calmaba con nada. Yo no había podido darle más hijos, además de ti. Yo comprendía perfectamente el sentimiento que llevó a María Pacheco a robar el bebé de Ana Toledano y de tu tío Juan. Tu padre no estaba satisfecho con nada y te golpeaba aunque eras un niño y me golpeaba a mí también. Esto no lo he contado ni a mi amantísimo padre, en las muchas cartas que nos hemos dirigido, porque, a pesar de su edad, hubiera venido a Toledo a batirse con él. De manera que Fernando decidió alistarse en una expedición a las Indias en febrero de 1526, el mismo mes que murió tu ama, cuando tú tenías seis años. Entonces llegaban noticias de las hazañas de Hernán Cortés en México, y Alfonso de Valdés, como secretario del Emperador, conocía al detalle las cartas que Cortés había enviado y nos las recitaba de memoria. Tu padre escuchaba con pasión esos relatos y creyó que su entrega para la conversión de aquellas tierras lejanas le ayudaría a superar su dolor.*

El galeón tuvo que precipitarse en el puerto de Cartagena, tras virar el cabo de Palos azotado por una fuerte tormenta. El capitán y el armador aprovecharon para pedir más dinero a los viajeros, y sobre todo a los dos nobles portugueses, al comerciante italiano y a Pedro, que tenían su propio camarote. El capitán, que no era trigo limpio, hizo ciertas reparaciones y una salida tumultuosa a tierra, lo que retrasó el viaje otros dos días.

*Al mismo tiempo que en Castilla se producía la revuelta comunera, en la primavera de 1521, Cortés luchaba por la ciudad de Tenochtitlán, capital del imperio Azteca, y ganaba*

*la batalla de Otumba. Tras la conquista de este imperio, desde la Corte se enviaron en oleadas sucesivas más soldados, religiosos y administradores. Tu padre quiso partir y yo no pude oponerme, y allí quedó hasta que volvió herido a Sevilla en 1536. Luego supe que, después de recibir heridas profundas en la cara, el pecho y perder la pierna fue salvado por unos salvajes que lo cuidaron con hierbas y remedios bárbaros hasta que pudieron cambiarlo por una recompensa. Cuando llegó enfermo a Sevilla y recaló en un convento franciscano, durante más de un año no quiso enviarnos noticias suyas.*

De vuelta de sus estudios en la Universidad de Salamanca, donde había escuchado tesis favorables a la esclavitud natural de los indios y las tesis contrarias de Francisco de Vitoria, Pedro Padilla recordaba a su padre, que se paseaba con dificultad de arriba a abajo de su gabinete sobre su pata de palo, diciendo: “pues claro que son hombres, porque viven en ciudades, hablan, guerrean y fornican como nosotros”. Fernando Padilla siempre se refería a los indios con respeto, cosa que exasperaba a Pedro, quien estimaba que los indios tenían sólo una esencia animal, incompleta hasta que recibieran el aliento de la Palabra divina llevada por los españoles. Ahora se explicaba que si su padre tenía una opinión favorable de los indios era porque le habían salvado la vida. Se preguntó, como había hecho en otras ocasiones, qué habría hecho su padre en esos años oscuros cuando vivió con los salvajes y ahora, más que nunca, cayó en la cuenta de que su padre había vivido como ellos.

*Tengo ahora que confesarte, hijo, que en esas visitas de Juan de Valdés a nuestra casa de Toledo comprendí que nuestra religión católica debe ser vivida desde el interior, y que Cristo habló en los evangelios para todos, no sólo para los que han recibido la revelación. Aunque sé que tú has luchado por mantener la autoridad de Roma, yo quiero seguir al Jesús auténtico y no a quienes han traicionado su palabra. Perdóname por esta confesión, pero necesitaba consuelo, y lo hallé en el verdadero Evangelio.*

Pedro Padilla estaba escandalizado, pero era su madre la que hablaba. No, más bien era Juan de Valdés. Quizás él había urdido esta treta. Pero la primera carta de su madre era auténtica. La familia Valdés no era de fiar, aunque había contado con el apoyo del Emperador Carlos. Pedro desaprobaba que el Emperador hubiera aceptado a Alfonso de Valdés como secretario de cartas latinas, un hombre que osó decirle que si no podía regir todos sus reinos y posesiones dignamente, debía apartarse de esa responsabilidad. “Esas ideas son estúpidas”, se decía Pedro. “Dios no escogió a los etíopes de África, de piel negra, ni a los habitantes de las Indias, ni a los lejanos asiáticos para revelar su palabra. Nosotros somos el pueblo elegido, que debe iluminar al resto de las razas del mundo. Y como indica el Concilio de Trento, esto debe hacerse por medio de la ortodoxia de la Iglesia Católica, única seguidora de Cristo”.

En Sevilla, el encuentro con Elías Alhama fue un gran regocijo. Su amigo, que tenía 46 años, sólo dos menos que él, parecía diez años más joven. Claro, era el efecto de vivir en el campo entre montañas. Muy grave, Elías explicó a Pedro que el gobernador de Granada no respetaba la palabra dada a los moriscos conversos de que podían conservar sus tierras y pastos. La situación era tensa porque, a pesar de haber iniciado procesos para hacer respetar las leyes, los moriscos eran desposeídos y marginados, por lo que estaban incluso planeando un levantamiento que Elías no apoyaba. Teniendo en cuenta que Pedro ocupaba un puesto de relieve en la administración, Elías había venido para pedir su apoyo, aunque sólo fuera una carta en tanto que jurista de reconocido prestigio respaldando su posición. Pedro pensó un momento y decidió que no podía mezclarse en aquella controversia. Su posición estaría en juego.

Elías se sentía decepcionado, pero Pedro todavía acumuló fuerzas para preguntar por María Fátima. El único gran amor de Pedro, que se hizo fuerte en paseos estivales por las campiñas de su abuelo materno, fue frustrado por la negativa del padre de Elías y Fátima de aceptar tal matrimonio. Aunque los Alhama se habían convertido, el padre exigía para sus

hijos parejas moriscas. Pedro nunca aceptó esta decisión y se sentía ultrajado. Es cierto que hay que guardar un orden en el matrimonio, porque de lo contrario las razas y las religiones se mezclarían y se perderían. Pero, ¿cómo podía un converso rechazar un marido de rancio linaje cristiano que limpiaría la sangre de su hija?

Nunca antes en toda su vida Pedro Padilla había estado tan confuso. Tras cambiar de barco, partió de Sevilla a Amberes con el serio propósito de terminar la lectura que su madre le había impuesto y llegar al fondo del cofre para encontrar los objetos que se encontraban allí.

*Tras la muerte de tu padre, quise seguir apoyando tu carrera en la administración imperial, aplaudí tu participación brillante en la misión diplomática ante la curia romana y tuve que aceptar tu trabajo en la Inquisición italiana. Pero ahora es el momento de que sepas la verdad. Si te he dicho que la Iglesia no me supo dar consuelo y que tuve que encontrarlo en los verdaderos seguidores de Cristo es porque las cosas terribles que han pasado en mi vida son rechazadas por la Iglesia, aunque yo creo firmemente que he actuado de acuerdo al Evangelio.*

*¡Hijo mío, hijo de mi alma! Tú no eres mi hijo. Cuando el bebé de Juan de Padilla y Ana Toledano fue robado por María Pacheco antes de escapar de Toledo, supe que ella podría salvarse, pero el bebé no. Pregunté a los Mendoza por dónde pasaría mi cuñada y fui a cruzarme en su camino en Talavera. Allí la alcancé y le rogué que me dejara el niño para cuidarlo. María se opuso con mirada asesina y rudas palabras. Yo no había tenido hijos de Fernando y sabía lo que ella sentía, por lo que me transformé también en una fiera y le aseguré que si no me daba el bebé la delataría al momento. En esa lucha, con el bebé en mis brazos, llegaron unos guardias y ella no tuvo más remedio que partir gritando blasfemias contra mí, pensando que yo les había llamado, aunque esto no era cierto. Viví en un convento de monjas en Talavera con el bebé durante muchos meses, haciendo creer a mi marido que había sido embarazada de él en algún encuentro durante la guerra de los comuneros. Hijo, tú eres hijo de Ana Toledano, judía conversa, y Juan de Padilla, capitán de las comunidades libres de Castilla.*

*Ana también quedó trastornada con la muerte de Juan. La persecución contra ella era cada vez más estrecha, por lo que no tuve más remedio que contratarla en mi casa, cambiándola de nombre otra vez y no dejándola salir más que en contadas ocasiones. Ana fue tu ama hasta que, cuando tú tenías seis años, ella, postrada de debilidad, murió.*

Pedro Padilla levantó la última capa de terciopelo en el interior del arcón, donde encontró otra carta manuscrita de su madre sobre algunos objetos de oro.

*Siempre seguirás siendo mi hijo. Yo hice lo mejor que supe para ti. Ahora te corresponde a ti tomar la carga del pasado y hacer lo que estimes conveniente. Para que recuerdes ese pasado, aquí yace la cara de una mujer india sonriente, que es lo único que tu padre trajo colgado al cuello cuando llegó enfermo de su expedición y tuvo que ser curado por los frailes de sus heridas. A veces dijo que le gustaría que sus restos mortales fueran trasladados a México, como luego hizo Hernán Cortés en sus disposiciones testamentarias, pero yo nunca acepté esta idea. También te dejo la estrella de David en oro que pudo conservar Ana escondida hasta el día de su muerte, cuando me hizo prometer que te la daría. Y también tienes la cruz que he llevado en mi pecho desde el día que cumplí doce años hasta el día de mi muerte sin interrupción.*

“¡Barco a la vista!” Salvado el cabo de Bretaña, los peligros podían venir de la marina inglesa, francesa o incluso holandesa. No era este el caso. El galeón que se avistaba eran realmente dos venidos expresamente desde Brujas para escoltarlos a ellos y a otro bajel que, partiendo de Lisboa, también con refuerzos para el Duque de Alba, navegaba al lado. Todo esto no interesaba a Pedro, quien pasó el resto del viaje lleno de melancolía y meditando.

Al llegar a Amberes, Pedro fue informado de que la revuelta de los moriscos en Granada había sido reprimida con contundencia. La lista de los ajusticiados fue publicada para escarnio, y allí encontró el nombre de todos los Alhama, nobles de bien, amigos sin doblez.

Pedro sabía muy bien lo que debía hacer. Tras leer las cartas de su madre, no podía seguir ejerciendo el trabajo que se esperaba de él en Flandes. En secreto, planearía un viaje al Nuevo Mundo donde seguramente era posible crear reinos y estados mejores. Ahora comprendía las palabras de su padre o, mejor dicho, de su tío Fernando. La religión y la raza no debían ser causa de guerras en el Nuevo Mundo. Era preciso alejarse del viejo mundo para pensar sobre quién era y lo que debía hacer con su vida.

Pero antes debía procurarse un objeto precioso, un objeto que iba a acompañarle durante el resto de sus días. Su puesto de secretario de alto rango le permitió consultar las personas más peligrosas en el bando enemigo, y encontró lo que buscaba: un joyero erasmista en la ciudad de Breda, de nombre Gus Van Meer. Disfrazado, con el fin de que no pensaran que se pasaba al bando hereje, Pedro llegó una tarde lluviosa de marzo a casa del joyero y le pidió un encargo especial. El joyero debía unir formando cuatro lados de un cubo perfecto una cabeza de mujer india sonriente, una estrella de David y un crucifijo que ese cliente extraño le aportaba, más una mano de Fátima en oro que Pedro le encargaba añadir. En sus interminables pláticas de juventud, los Alhama le habían explicado que esa mano era simplemente una señal de paz y amor, y no un símbolo de herejía.

El joyero y el cliente hablaban en latín y los dos sabían que lo que estaban haciendo era confidencial. El joyero, no obstante, descubrió el acento español de su visitante y comenzó a alabar los descubrimientos y los viajes de los españoles. Sobre todo relató con admiración la primera vuelta al mundo que una expedición había completado en 1522 demostrando que el planeta era redondo. “Fíjese: por la primera vez desde el origen de los tiempos”, dijo el holandés con los ojos iluminados, “podemos pensar en todo el mundo como un *totus orbis*”. Pedro se acordó de la primera vez que había oído esas palabras en la Universidad de Salamanca, como joven estudiante, y supo que entonces no había comprendido su significado. Pedro pensó en Juan de Padilla, su verdadero padre, María Pacheco, que hubiera querido ser su madre, Hernán Cortés, la vuelta al mundo, y todos los hechos que ocurrieron uno o dos años después de su nacimiento en 1520. No sabía por qué, pero, escuchando al joyero hablar en voz baja, Pedro repasaba fragmentos de su propia vida. Le asaltó, vívido, el recuerdo de las facciones sonrosadas, la respiración agitada y la forma de los senos de María Fátima en las laderas de las montañas granadinas bajo la luz del verano.

Unos días más tarde, en lugar de esperar a la fecha convenida y para su sorpresa, el joyero flamenco apareció, también disfrazado, en el despacho de Pedro en Amberes, y dijo que su encargo se hallaba dentro de una cajita de maderas nobles que posó sobre la mesa, y que no iba a cobrarle nada por ello. El orfebre holandés añadió que esa joya iba a ayudarle en el largo viaje que tenía por delante, y luego desapareció.

En la caja, fundido en oro, del tamaño de una gran nuez y con una anilla y un cordón para colgarlo al cuello, había un globo terrestre donde se adivinaban tímidamente los confines de los diversos continentes.

París, octubre de 2006